

EL TALLER DEL HISTORIADOR

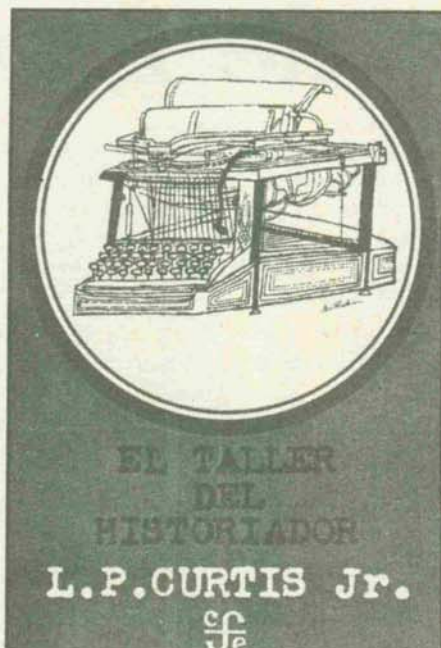
Ciencia triplemente humana, la historia. Pues si, como ya señaló Bloch, su objeto son «los hombres en el tiempo», hombres son también —como en toda ciencia— sus creadores y sus directos destinatarios. Ahora bien, ¿qué es lo que empuja precisamente a los segundos a ahondar con obstinación en el pasado, a inventariar, ordenar y buscar sentido a las huellas más diversas dejadas por quienes los precedieron, a recrear modos de vida e instituciones ya periclitados, a buscar leyes y establecer relaciones entre culturas distantes en el espacio y en el tiempo?

Acaso la respuesta esté en la observación que al propio Bloch le hizo en cierta ocasión Henri Pirenne y que aquél cita con religiosa devoción en ese maravilloso librito que es «L'Apologie pour l'Histoire»: «Soy historiador porque amo la vida».

Porque ama la vida, el historiador trata de resucitar, de rescatar para la memoria del hombre lo que una vez fue y ahora está muerto. Pero ¿lo está realmente? ¿Acaso todo lo que ha sido no sobrevive de mil maneras en lo que somos? E incluso en el caso de instituciones o culturas prematuramente abortadas, ¿no resultará su conocimiento igualmente positivo aunque sólo sea por la vía del contraste?

Mas lo fascinante y lo terrible al mismo tiempo del pasado es su carácter de inevitable. Se trata de un material bruto que el historiador podrá pulir o iluminar según su bies particular, pero que de ninguna manera podrá modificar a su antojo. El pasado está ahí, y sólo cabe aceptarlo.

De acuerdo con eso, ¿qué es lo que hace que de esa cantera riquísima y prácticamente inagotable, un historiador privilegie tal o cual aspecto mientras que otro atiende exactamente al opuesto? ¿Según qué criterios juzga este o aquel estudioso la pertinencia de unos datos, de unos testimonios? ¿Qué incita a uno a bu-



cear en la conciencia de un personaje excepcional mientras que su colega intenta recrear la conciencia de una colectividad en un momento determinado del acontecer histórico? ¿Por qué razón un historiador se fija, por ejemplo, en la evolución del estribo o de la forma del badajo de las campanas mientras que otro se interesa por las corrientes migratorias o las tasas de cambio?

¿Hasta qué punto todo relato, incluso el más objetivo en apariencia, está lastrado ideológicamente? ¿En qué medida influyen el entorno, las circunstancias históricas y hasta los traumas infantiles del estudioso en su selección de temas o en su tratamiento del material a su disposición?

Preguntas de este tipo movieron a un historiador, **L. P. Curtis, Jr.**, a pedir a algunos de sus colegas de más prestigio dentro del mundo académico que, violando un viejo tabú, abrieran por una vez al público sus **talleres** tan celosamente custodiados. No se trataba de ninguna manera de utilizar y contrastar las posibles respuestas para elaborar un método que pudiese servir a futuros historiadores a la hora de iniciar sus investigaciones, empresa imposible habida cuenta de la heterogeneidad de los planteamientos respectivos, sino, mucho más modestamente, de descubrir las motivaciones, los modos diversos de enfrentarse a los problemas, las génesis de sus distintas hipótesis (1).

Como quiera que el responsable de la edición dejase a los historiadores que aceptaron colaborar libertad suficiente para que cada cual enfocara a su manera las condiciones de gestación de su «obra más importante u original», las respuestas habían de ser por necesidad variadas.

Así, mientras éste se centra en la influencia del decorado sobre su estado de ánimo a la hora de sentarse a escribir, aquél señala la influencia del azar en la elección de sus temas, un tercero hace una valiente autocrítica, señalando las vacilaciones y temores que le asaltan al releer su obra, y aquel otro se queja de las presiones que obligan al historiador a publicar continuamente como único modo de ganar prestigio en la universidad.

Si el resultado de la encuesta es, pues, obligadamente heterogéneo, precisamente por ello nos comunica una mayor impresión de vida, tal y como si se tratase de confirmar las palabras de Pirenne. No era otro el propósito del autor ■ **JOAQUIN RABAGO**

(1) Entre los historiadores que atendieron la invitación, casi todos ellos del mundo anglosajón: **Vivian H. Galbraith, Robert Brentano, Jan Vansina, Joseph R. Levenson, G. F. E. Rudé**, y el propio **recopilador**. Del traductor vale más no acordarse.

LOS ESCRITOS SOCIALISTAS DE UNAMUNO

Recopilados y presentados por **Pedro Ribas**, que realiza un amplio estudio preliminar, esta selección de **artículos de Unamuno** supone un intento serio de poner en claro algunas de las características del **pensamiento unamuniano en su vertiente socialista**, así como de resaltar algunos de sus rasgos característicos.

Este aspecto de la actividad de Unamuno, que había quedado precisamente olvidado como consecuencia de la evolución política posterior del autor y principalmente por el oscurantismo cultural practicado en la posguerra («Unamuno ha sido visto casi exclusivamente a través del existencialismo, del vitalismo o lo que es peor, de la simple difamación»), fue sacado de nuevo a la luz, en los años 60, por los estudios de Pérez de la Dehesa, Pizán y Blanco Aguinaga. En esta tendencia se inscribe la obra de Pedro Ribas, autor de una importante tesis doctoral sobre el pensamiento de Unamuno que aún permanece inédita (Ribas, P.: «Unamuno y la filosofía alemana», tesis leída en la Universidad Autónoma de Madrid en el año 1973), pero cuya elaboración ha hecho que podamos ver hoy recogida y seleccionada, en esta obra que publica la **Biblioteca de Textos Socialistas**, una documentación básica para poder plantear lo que fue la influencia unamuniana en la evolución del pensamiento socialista español.

Los artículos, en buena parte inéditos, pertenecen fundamentalmente a «La Lucha de Clases», correspondientes la mayor parte de ellos al período **1894-1897**. Como señala el autor, aparecieron sin firma y su identificación ha sido realizada teniendo en cuenta las peculiaridades del estilo de Unamuno y especialmente el contenido de su obra editada.

En el estudio introductivo que Manuel Pérez Ledesma realizó en su «Pensamiento socialista español a comienzos de siglo», señalaba que en la década 1890-1900 comienza a hacerse visible la dicotomía entre la teoría revolucionaria y la práctica reformista del socialismo español, obligando esta orientación de la praxis a progresivas matizaciones teóricas, así como también el papel que jugó en esta etapa la obra de Deville «Principios Socialistas», la publicación del primer tomo de «El Capital» y los escritos de Unamuno bajo la influencia de A. Loria o F. Nitti. Como allí se señalaba, la influencia unamuniana no fue quizá la más importante, pero él fue quien examinó con mayor detenimiento en los años finales de siglo, en España, los problemas de los salarios y de la lucha reivindicativa.

En esta línea se orienta el trabajo de Pedro Ribas, quien ha recogido

abundantes textos concernientes a algunos de los temas más tratados por Unamuno en sus escritos para «La Lucha de Clases». Organizados sobre dos ejes: primero, aspectos más personales del planteamiento de Unamuno: problema agrario, patria y Ejército, la educación, nacionalismo vasco. Segundo, aspectos que contribuyen a aclarar su ulterior trayectoria, de los cuales se han resaltado aquellos escritos que responden a la pregunta ¿qué es el socialismo?, y aquellos otros que permiten en cierto modo resolver la cuestión sobre cómo ve Unamuno el paso de la actual estructura socioeconómica a la sociedad en la que se edifique el socialismo tal y como él lo concibe.

En líneas generales, podemos decir que el pensamiento de Unamuno en su etapa socialista responde a aquella mentalidad que Pérez Ledesma calificó, en la obra que antes mencionamos, como «menchevique» y que hacia especial hincapié en el retraso industrial de España y en la necesidad de favorecer el desarrollo económico del país como paso previo a la construcción del socialismo.

En este sentido, Unamuno abona la idea de que el socialismo viene por sí solo como término en el que necesariamente desemboca el capitalismo, de tal modo que «emancipará a los obreros de su esclavitud, de su tiranía a los que explotan», «redimiendo por igual al rico que al pobre, de unas miserias a éste, de otras a aquél».

Como afirma Pedro Ribas, esta concepción donde se presenta al explotador como víctima, lo mismo que a aquel que tiene que vender su fuerza de trabajo, dando a entender que tanto uno como otro son víctimas de una circunstancia que les es externa, evidencia el carácter reformista de la tesis de Unamuno. Tesis que no hace sino diluir la explotación, llegándose a afirmaciones moralizantes y a concluir que nadie es culpable. El citado carácter reformista del enfoque unamuniano se pone tanto más en evidencia si, como ha dicho el autor de esta selección, se la contrasta con el planteamiento de Marx, cuyo análisis, donde el sistema no es ajeno a sus componentes, llega a la conclusión final de que la explotación surge no de que explotador y explotado sean víctimas de un algo que les es externo, sino de que existe una clase dominante que hace valer su fuerza para conservar las cosas como están, y otra que es revolucionaria en tanto que lucha por acabar con la explotación y transformar la sociedad existente en una sociedad sin clases en la que no haya explotadores ni explotados, acabando de este modo con la explotación del hombre por el hombre.

No queríamos concluir sin poner de manifiesto el extraordinario interés que tienen los textos seleccionados que hacen mención al nacionalismo vasco: textos como «Bizkaitarrismo», «Los antimaqueños», «El antimaqueñismo», en los que se ataca cierta vertiente pequeño-burguesa del nacionalismo vasco, nacida como consecuencia del descontento existente entre la clase obrera autóctona y entre cierta «clase media» de las zonas afectadas por la fuerte industrialización, descontento que un pequeño grupo de la gran burguesía tratará de capitalizar a su favor conduciendo a un programa de corte regionalista.

Una obra, pues, de interés, en cuyo estudio inicial nos hubiera gustado se incluyesen algunas referencias a las relaciones entre las ideas de Unamuno aquí recogidas y la praxis socialista del momento, así como a las conexiones y diferencias entre el pensamiento unamuniano y el de otras figuras de interés del socialismo español, como Pablo Iglesias o García Quejido. Pese a ello, obra importante tanto para el estudio de una etapa poco conocida del ideario de Miguel de Unamuno, como de algunos aspectos de la evolución teórica del pensamiento socialista español

■ LUIS GALIANO

